

Harry BROWN ÁRAUZ. *El vencedor no aparece en la papeleta. Ensayos sobre el voto y los partidos políticos de Panamá.* Panamá: Editorial Descarriada, 2018. 163 pp. ISBN: 978-9962-12-826-7.

La concepción de América Latina como región con patrones históricos y culturales relativamente homogéneos tiende a ocultar profundas diferencias entre países y zonas del continente, incluso entre localidades al interior de los Estados. Explorar esa idea básica tomando como caso de estudio a Panamá muestra las dimensiones de lo particular en un contexto global. O, en otras palabras, la medida en que Panamá es una democracia muy especial pese a lo que su sistema político evoluciona con tendencias semejantes a las de otros países de la región y del mundo. La obra del politólogo panameño Harry Brown Árauz, que aquí se reseña, pone la lupa sobre Panamá y el dedo en una llaga que no solo duele al país del istmo: el creciente poder del dinero y su capacidad para debilitar y erosionar la representación democrática, *a pesar* de que las reglas parezcan funcionar bien. El prólogo de Paco Gómez Nadal lo sintetiza muy bien al decir que el libro aborda «uno de los mitos contemporáneos más efectivos para la perpetuación de la inequidad y de la exclusión política: el perfecto engranaje electoral que permite elecciones libres y participativas a las que las panameñas y panameños acuden en masa» (p. 8).

Brown Árauz repasa las condiciones y resultados de la competencia partidaria panameña en perspectiva histórica y a partir del nuevo ciclo que va de 2004 hasta las elecciones de 2014. Definiendo, con capacidad de síntesis y ejemplar sencillez, las nociones clásicas de la ciencia política que permiten identificar las condiciones de competencia (clivajes que dan surgimiento a los partidos políticos, características de la institucionalización del sistema de partidos, evolución del número efectivo de partidos y otros indicadores de la calidad de la representación) hace una radiografía de la democracia electoral panameña. Pero las claves no se agotan en las reglas del funcionamiento electoral –justamente a lo que no está presente ahí, pero tiene un rol protagónico en el resultado final, alude el título, *El vencedor no aparece en la papeleta*–.

La historia de Panamá es en buena medida la historia del canal, y el canal ha sido y sigue siendo una fuente enorme de recursos que condicionan fuertemente el modelo económico (el «transitismo», frente al que ciertas corrientes historiográficas niegan que hayan existido alternativas) y la cultura de unas élites poco dispuestas a correr demasiados riesgos. Ahí está el nudo de la cuestión: el juego democrático implica incertidumbre, hacer política es promover cambios. Brown recuerda que en Panamá se vota desde 1903, y se hace libremente desde 1990 (tras la invasión y la restauración de la democracia), pero eso no basta. Al repasar las elecciones y disputas políticas que tuvieron lugar durante el siglo XX, observa la baja densidad de la disputa programática entre las élites.

Desde la década del noventa hasta la actualidad, el énfasis del autor está en observar el mundo de contradicciones que se van fortaleciendo: Panamá es uno de los países con mayor participación electoral, pese a que el voto no es obligatorio (a diferencia de la mayoría de los países de la región). En el contexto regional y global de descenso de la confianza en los partidos políticos, es también uno de los países con mayor afiliación partidaria. Sin embargo, una encuesta del Programa de las Naciones Unidas para el

Desarrollo citada en el libro encontró que el 80,7% de las personas entrevistadas dijeron que las principales razones para inscribirse en un partido eran «tener un empleo» o «buscar beneficios personales» (p. 84). Panamá se ha ubicado en las últimas décadas entre los países del mundo con mayor crecimiento económico. Esta disponibilidad de recursos ha alimentado y consolidado una fuerte máquina clientelar que opera excluyendo e incluyendo a cantidades de empleados públicos tras cada elección. Algunas cifras lo ilustran con contundencia: «Ciertamente, entre 30 mil y 40 mil empleados públicos son despedidos cada cinco años para abrir espacios a los nuevos ganadores de las elecciones, pero también son creadas posiciones nuevas para nuevos clientes» (p. 85). Además, la representación de mujeres es baja; no hay partidos ubicados a la izquierda del espectro ideológico, pese a que al menos el 18% de la población se ubica en esa parte del espectro (p. 83); la intolerancia está creciendo tan rápido como las nuevas iglesias pentecostales, que están abriendo un nuevo clivaje en torno al eje «conservadurismo-postmodernismo»; y pese al crecimiento económico el país sigue siendo uno de los más desiguales del mundo.

La obra va desgranando variables y dimensiones para concluir que, efectivamente, el sistema de partidos panameño ha cambiado, y mucho, pero ha cambiado en clave Lampedusa, para que no cambie nada. Una responsabilidad central generando este defectuoso modelo democrático se atribuye al rol del dinero. Las campañas electorales panameñas son, por lejos, las más caras de la región. Esto hace que, aunque el sistema de partidos cambie, el acceso sea muy limitado. Las elecciones de 2019 (el libro fue publicado antes de que tuvieran lugar) confirmó esta tendencia, ya que un partido tradicional se hizo con el gobierno (Partido Revolucionario Democrático), pero también mostró una puerta que se abría en las conclusiones. Un candidato independiente consiguió no solo disputar la elección, sino también alcanzar un resultado inédito obteniendo sin aparato el 18,8% de los votos.

El vencedor no aparece en la papeleta amerita ser leído y discutido, no solo por quienes se interesan por Panamá, sino también por quienes buscan comprender mejor los límites y retos que enfrentan las democracias para su buen funcionamiento, tanto en lo electoral como más allá.

Yanina WELP
University of Zurich